



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO;

Instantáneas.

(Francisco Pradilla.)



—Como premio al bien pintar,
aquí me tienen ustedes
destinado á colocar
cuadritos en las paredes.

M. Delgado

L. Pradilla - Ho.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La diplomacia, por Fiacro Yrázoz.—La mayor pena, por Luis de Ansorena.—Momentáneas, por Antonio Montalbán.—Tesoro de ripios, por Juan Pérez Zúñiga.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Menudencias, por Federico Canalejas.—El último chispero, por Ángel R. Chaves.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Francisco Pradilla.—De la guerra (ocho viñetas).—El último chispero (cuatro viñetas).—Ya lo verán ustedes (cuatro viñetas), por Cilla.



Los calaveras empedernidos están muy alarmados estos días.

Dícese que hay el proyecto de suprimir el Carnaval este año, pues no parece bien que mientras nuestros hermanos derraman en Cuba su sangre generosa, aquí, en la Metrópoli, se vistan de *bebés* los sietemesinos

y salgan por esas calles enseñando las canillas y el seno.

Por de pronto, la Asociación de Escritores y Artistas celebra esta noche su famoso baile de máscaras, y aunque después se suprima el Carnaval, podrán decir las de Pajel Rubio y las de Molinete, asiduas parroquianas del *establecimiento* lírico:

—Que nos quiten lo cenado.

El gobernador, por de pronto y mientras no determina si ha de suprimirse el Carnaval, quiere que reine en los bailes de la Alhambra cierta circunspección, y no tolerará que se cometan excesos de ninguna clase, ni se les apriete la cintura á las mascaritas, ni se les estropée el físico á los bailarines. De modo que el que está acostumbrado á llegar al baile y que le den dos ó tres bofetadas las va á echar de menos y tendrá que decir muy sorprendido:

—¡Hombrel! ¡Qué cosa más rara! Se va á acabar esto, y yo sin recibir los lapos de costumbre!...

Las personas morales se indignan contra esas fiestas nocturnas, aun en tiempos de paz, y dicen que en los bailes se arrastran el decoro de la mujer y la dignidad del hombre y los cabellos blancos de las madres; pero la verdad es que no hay motivo para tanto vituperio.

Lo que sucede en un baile de máscaras barato es la cosa más natural del mundo. Llega un joven con predisposiciones amorosas, tropieza con una máscara de aspecto seductor y la invita al vals. Ella se deja conducir inocentemente; él nota que el corazón se le sale del pecho y no puede menos de decirle con la mayor delicadeza:

—Oye, tú, ¿tienes gazuza?

—¡Ay, qué redió!—responde ella, haciendo un delicado mohín.—¡Si pagas algo?...

—¿Qué *quiés* tomar?

—Lo que haiga.

Entonces él la conduce al ambigú, procurando no mancillar la pureza de sentimientos de la mascarita; y ella, que es candorosa como un ángel, llega al ambigú y pide una tortilla de jamón y una grande de vino y un poco de queso de *Gluyer*, y no pide más porque no se lo permite su delicadeza.

Después, ambos vuelven al salón, donde siempre hay algún joven menospreciado que se aproxima á la máscara y le dice de buenas á primeras:

—Lo que tienes tú es muy poca lacha.

—¡Quita de ahí, sucio!

—Te voy á dar dos chuletas.

—¡Á mí!... ¡Ya sé quién dices!

—¡Sinvergüenza!

—¡Golfo!

—Oiga usted—interrumpe el «caballero» que ha pagado la tortilla de jamón, —esta «señora» viene conmigo, ¿sabe usted? y no dejo que se la falte en ningún terreno.

Por toda respuesta el joven menosprecia lo se arroja sobre su rival y comienzan las trompadas y los mordiscos, hasta que llegan los representantes del gobernador y ponen fin á aquella escena naturalista.

Un subdelegado dice en tono de reconvención:

—¡Parece mentira! ¡Qué falta de patriotismo! ¡Saben ustedes lo disgustado que está Martínez Campos, y se vienen aquí á armar bronca!...

—¡Conocen ustedes la situación de nuestra Hacienda—añade otro—y se ponen á darse de bofetadas delante de la gente!

Uno de los jóvenes se enternece y pregunta con voz conmovida:

—Tiene usted razón. ¿Se sabe dónde está Maceo?

—No, señor; antes de que empezara el baile no se sabía una palabra.

Bien considerado, ¿qué mal hay en que la juventud se pegue en un baile de máscaras?

Cada cual goza á su modo, y hay hombre que ostenta en la mejilla un flemón, tamaño como un salmonete, y dice lleno de orgullo:

—¡Ve usted esto? Pues me lo hicieron en el último baile de la Alhambra... ¡y á mucha honra!

*
**

Además de estos sujetos que se consideran felices cuando les dan con la badila en los nudillos, hay otras personas que asisten á los bailes con fines meritorios. Díganlo, si no, esas jóvenes desgraciadas que acuden con sus mamás en busca de unas relaciones formales y al fin encuentran un novio serio, con pocos recursos, pero de corazón ardiente.

Ellas, por de pronto, aseguran el café con media tostada y ya no tienen que pensar en la cena de todas las noches, porque todos esos chicos «que sacan novia» en los bailes quedan tácitamente comprometidos á obsequiarlas á diario, ora con el café de que hemos hecho mención, ora con cualquier otro artículo barato.

Y siempre es un ahorro para las hijas de familias pobres, pero agraciadas.

Por eso no debe suprimirse el Carnaval de ninguna manera.

Luis Taboada.

La diplomacia.

—¡Vamos, Felipe, no seas brutal! No te acalores, que no hay por qué, y no le pegues más bofetadas á tu mujer.

Que no se diga de ti en el barrio lo que se dice de Nicanor.

¡Á las mujeres no se les pega!

—¿Cómo que no?

—Y cuando á alguna que... yo conozco, y tié muy poca *moralidad*, le da por irse de picos pardos... cuando le da?

—Es que la Juana no es de esa clase.

—¿Que no? Pues, vamos, dígame *usted*, ¿en dónde diablos ha estao metida desde las seis?

—Habrá tenido cualquier trabajo de esos urgentes de precisión... ó habrán salido tal vez más tarde del obrador.

—¿Y *usted* qué opina? ¿que fué por eso?

—¿Pues quién lo duda? ¡Bien claro está!

—¿Por qué sospechas, si todos saben que es incapaz?...

—Si *usted* lo dice, don Federico, basta con eso; lo creeré.

—No seas tonto, ni desconfíes de tu mujer.!

Vamos, Felipe, dale un abrazo. Usté otro, Juana. ¡Ea, ya está!

Ya se acabaron las discusiones
y hecha la paz.
¡Pues digo, digo! ¡Vaya una bronca
la que aquí se arma si no estoy yo!
Ahora quedarse tranquilamente,
que yo me voy.

— Anda tú, Juana, coge esa vela.
Don Federico se va á marchar
y es necesario que le acompañes
hasta el portal.

.....
.....

— ¡Adiós, gitana!

— ¿Cuándo nos vemos?

— Mañana mismo, que iré á las seis.

— Que no me falte...

— Pierde cuidado.
¡No faltaré!

Fiacro Tráyzoz.

La mayor pena.

— ¿Por qué te apartas de mí
cuando más tu amor deseo,
y por qué en tus ojos veo
sombros que hasta ahora no vi?

¿Qué origina tu desvío?...
¿Tan pronto se te olvidó
que, hace un instante, latió
tu corazón junto al mío?

¿Es que ya ha muerto el afán
que á tus brazos me ha llevado?
¡Pues dí qué soplo ha apagado
el fuego de aquel volcán!

Si sólo queda el dolor
para la infeliz mujer,
que no advierte que el placer
pone término al amor,

hunde el puñal en el alma
con golpe seguro y recio,
que puede que tu desprecio
me dé, en vez de angustia, calma;

¡y al contagio del desdén
que me muestras en la hartura,

endulzaré mi amargura
despreciándote también!—

— ¡Qué misteriosos deseos
y qué insensatos afanes!...

¡Cuando se piensan, titanes!
¡Cuando se logran, pigmeos!...

¡Qué mente más desdichada,
que da un placer por seguro,
para hundirse en el oscuro
precipicio de la nada!

¡Si, mujer!... Has comprendid,
lo que en mi ser ha pasado...

¡Qué hermoso el amor soñado,
y qué triste el conseguido!

Vine á ti con ansia loca
soñando el placer de un cielo...

¡y ahora me saben á hielo
los besos que da tu bocal!...

No culpes á mi maldad...
Es que al sueño vil condena
Dios, á una terrible pena...

¡la de hacerle realidad!

Luis de Ansorena.

Momentáneas.

I
Cierta noche corrió en Andalucía
la nueva de que un sabio lograría
que hablasen los barrotes de las rejas,
y al despuntar el día
vióse en calles y plazas,
paseos y callejas
á todos los barrotes con mordazas.

II
Las calabazas se crían,
aunque de distinto modo,
las unas sobre la tierra,
las otras... sobre los hombros.

III
¡Mira que tendría gracia,
si te murieses soltera,
que te enterrasen con palma!

IV
La fruta prohibida
emborracha al igual que la bebida,
y en fuerza de beber, de tal manera
pierde el hombre el instinto
que, si el escanciador no lo dijera,
el bebedor, de fijo, no supiera
si bebe blanco ó tinto

V
No me explico estas costumbres,
aunque las tengan los hombres:

que en un entierro se beba
y en una boda se lllore.

VI
Llamar «valiente» al *maleta*,
al poeta «distinguido»
y á la actriz «guapa» ó «discreta»,
es el molde socorrido
con que el público interpreta
que ni valen ni han valido
torero, actriz ni poeta.

VII
De Virtud hizo la tiple
en la zarzuela de anoche:
por algo dice la gente
que el hábito no hace al monje.

VIII
Confesar tantas veces, Catalina,
no me da buena espina;
porque á la vista salta
que por decir ¡carape! no hace falta
ir á buscar la absolución divina.

IX
Si tú me dejas por poco,
en Aragón dice un dicho
que no falta cobertera
para todo pucherico.

Antonio Montalbán.

TESORO DE RIPIOS

¿Queréis una colección
de ripios? Pues vais á ver
los de la composición
que me entregaron ayer.
La cosa es obra de un hijo
de Dolores mi portera;
se titula *Amor prolijo*
y dice de esta manera:

«Desde prolíficos tiempos
vivía Rosa Gurable
en una choza insaciable
á orillas del río Elempos.
Ni sus magnánimas obras
ni sus ardientes ahincos
movieron á Juan Terrincos
á quererla con zozobras,
pues Juan decía entre abrojos
«no hay quien mi pecho taladre»,
y además tenía un padre
á quien amaba de hinojos.
¡Pobre Rosal! En calma fiera
y sin buscar hombres fijos,
por los montes más prolijos
anduvo, ¡pese á Cabrera!
Ninguno con raudo afán
la gustó, mas llegó al Riff,
halló á Juan y ¡catapliff!
se prendó con fe de Juan.
Quiso ablandar con deleite
aquel corazón de bronce
(ahora recuerdo que entonces
estaba caro el aceite);
mas fué breve ¡por Caifás!
la lucha. Juan, entre enojos,
empezó á sentir sonrojos

por delante y por detrás,
y desde Cádiz á Urdalma
y desde Lugo á Filertos,
oyó con lazos despiertos
honda calumnia sin calma,
que «el pecho se torna infausto,
ya le cuadre ó no lo cuadre,
al que es rival de su padre»
(palabras del Holocausto),
y al darle un tal Zarandaipes
la noticia del desliz
del padre, Juan, sin matiz,
exclamó: «¡Voto á mil naipes!
¡Rosa hundió mi suerte amena!
¡La he de matar sin doblez!»
¿Y qué hizo Juan? ¡Cataplez!
Suicidar á su morena.
¿Cómo? En el hígado fijo
la dejó el puñal ufano.
¡Qué golpe aquel más insano
á la vez que más prolijo!
Desde entonces uno y otro,
es decir, Juan y su padre
(por más que algún perro ladre),
viven ¡pardiez! en un potro.
Y ya desde aquellos tiempos
la pobre Rosa Gurable
no está en la choza insaciable
de orillas del río Elempos»

¿Veis los ripios excelentes
del chico de la Dolores?
¡Pues no faltan escritores
que pasan por eminentes
y sueltan ripios mayores!

Juan Pérez Suñiga.

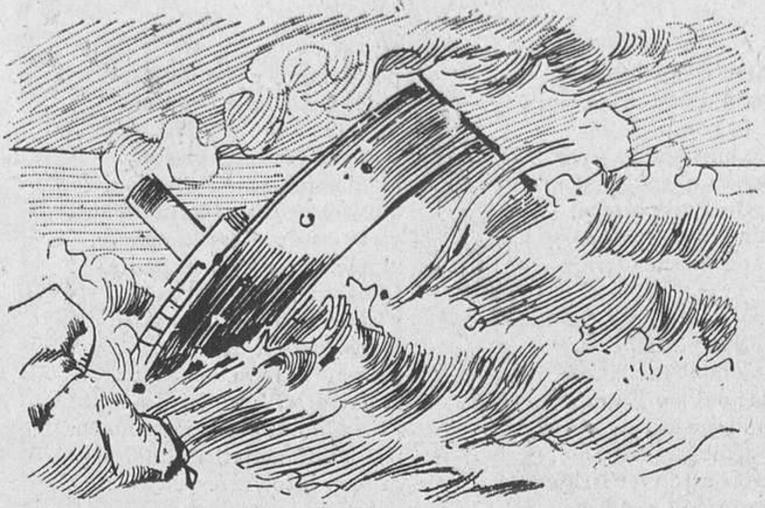
De la guerra.



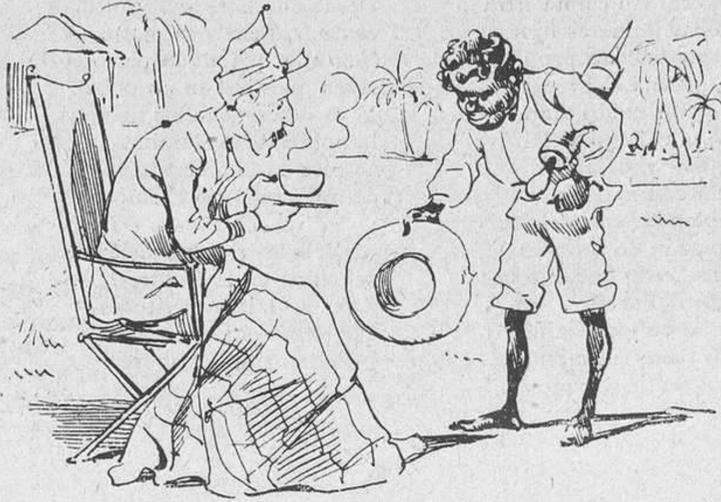
Si yo fuera Cánovas,



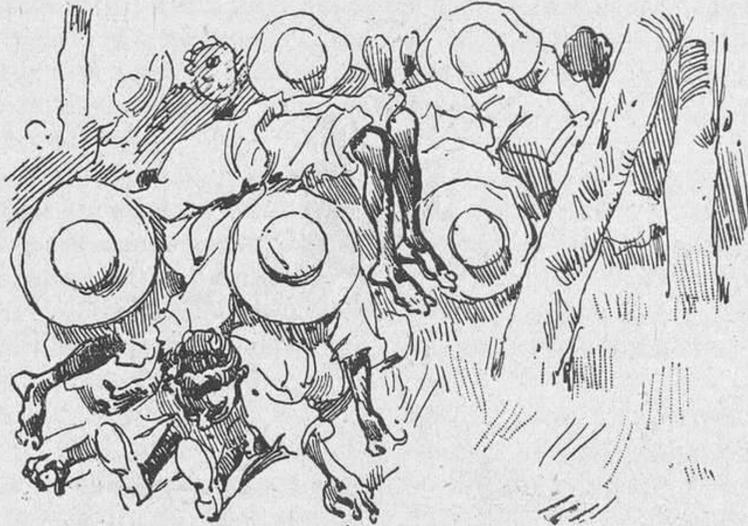
Empezaría por enterarme del sistema que emplean los periódicos ilustrados para retratar en diferentes posturas á los insurrectos, siendo así que el Gobierno no puede encontrarlos quietos en ninguna parte.



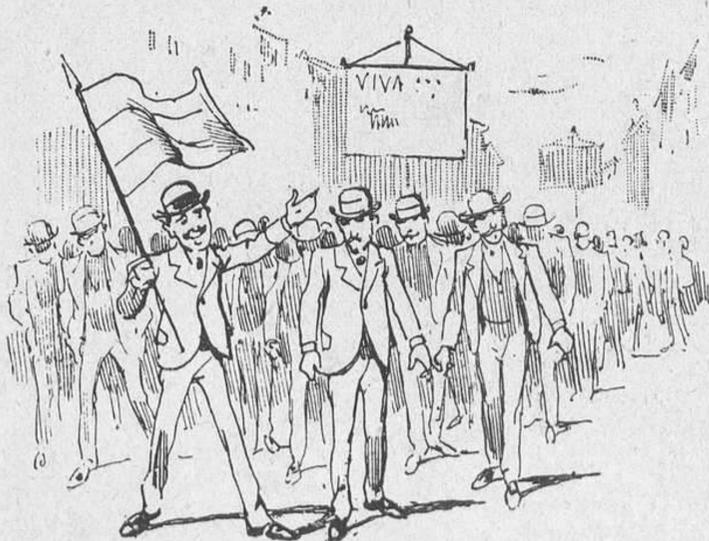
Me echaría la cuenta de que contra las expediciones filibusteras más vale borrasca á tiempo que escuadra organizada por Beránger.



Compadecería al infeliz Máximo Gómez, siempre enfermo, lleno de úlceras, á punto de morir y... huyendo á'uña de caballo.



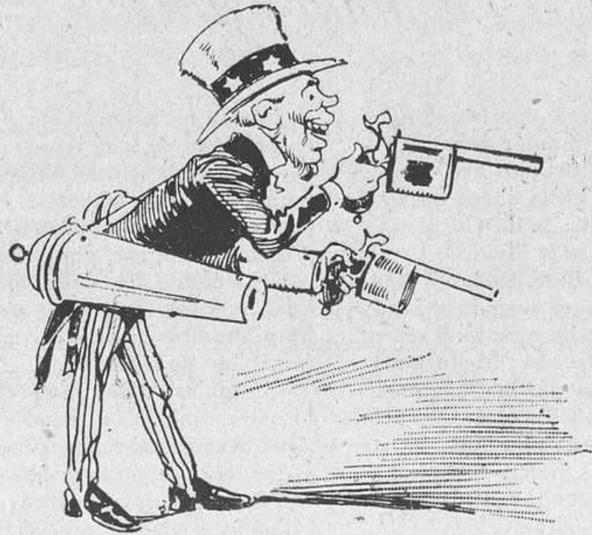
Procuraría echar la cuenta de los muertos que han hecho en estos últimos días á la partida de Lacret, para convencerme de que á estas horas debe estar llena de cadáveres la manigua.



No haría caso, en jamás de los jamases, de las manifestaciones espontáneas é imponentes de la Habana.



Me asombraría de que las columnas estuvieran siempre á punto de copar al enemigo, y de que éste se evaporara por arte de encantamiento sin duda.



Y, ante todo y sobre todo, no me fiaría de la amistad incondicional y desinteresada de los Estados Unidos.

Miniatura.

De niña, de seguro,
te habrá comprado tu papá un muñeco
lleno de cerda, ó de serrín, ó hueco,
de los que en el bazar dan por un duro.

También puede jurarse que, curiosa
por saber en qué diablos consistía
lo que te parecía
divina creación maravillosa,
le hiciste mil pedazos cualquier día,
para luego encontrarte, acongojada,
sólo el pelote, ó el serrín, ó nada.

Bueno, pues ya que ahora
vas siendo una mujer encantadora,
no tengas ilusión con los muñecos
que te salgan al paso, te echen flores
y te ofrezcan rendidos sus amores,
por si acaso resulta que están huecos
y cuando, entusiasmada
al oírles decir «¡cuanto te adoro!»
pienses que tienen dentro algún tesoro,
en vez de corazón, no encuentras nada.

Sinesio Delgado.

MENUDENCIAS

Si será infelizote Filomeno,
que me ha dicho su novia que es muy bueno.

—Me duele la *cavidad*
torácica—dice Rosa
por hablar con propiedad;
¡y en su vida ha dicho cosa
que encierre mayor verdad!

Si quieres ser feliz toda tu vida,
no des nunca á tu novio lo que pida.

Federico Canalejas.

El último chispero.

(EPISODIO DE 1818)

I

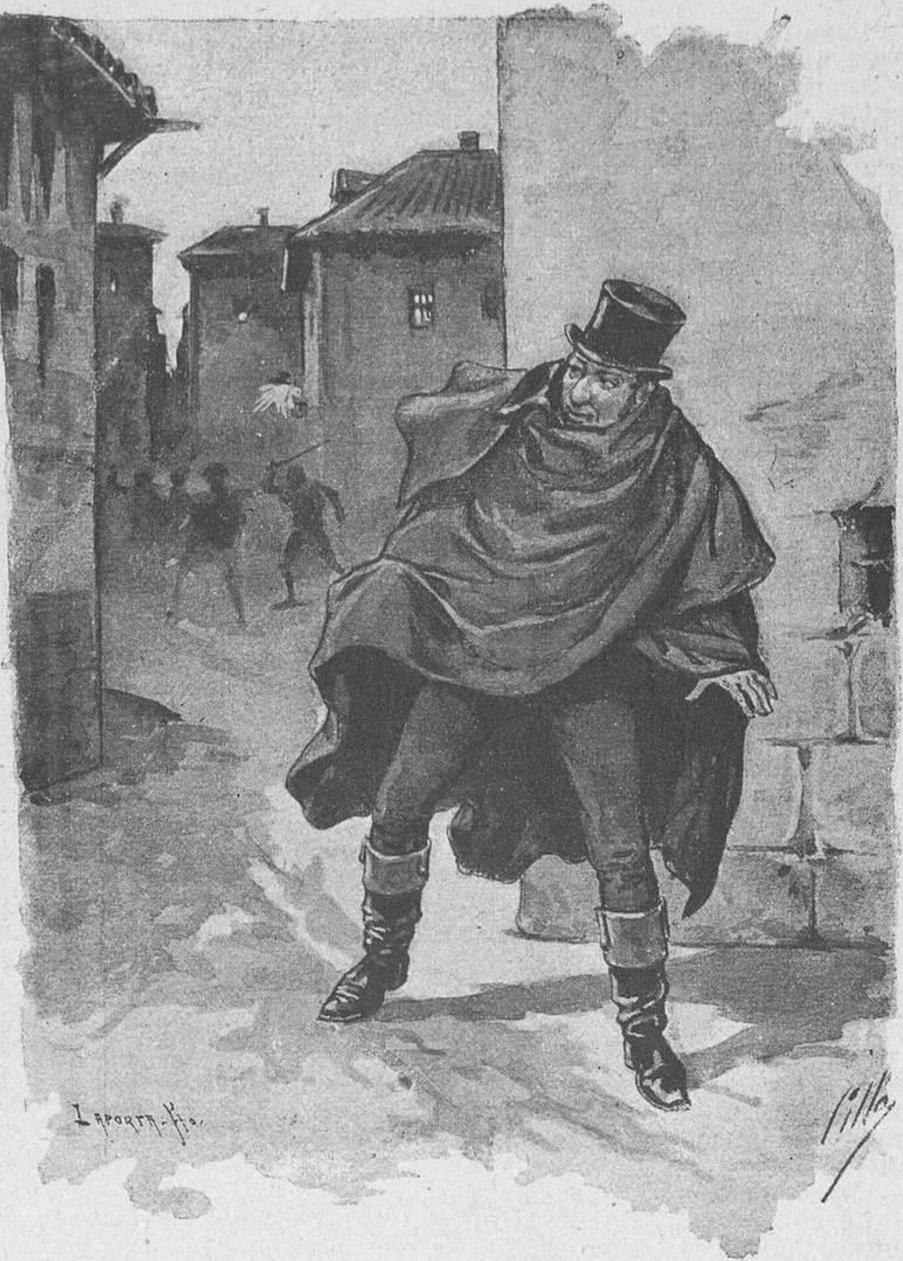
Aunque ya hubieran pasado los días de más facherrosa ostentación de aquellas rumbosas majas de que D. Francisco Goya con su castizo pincel y D. Ramón de la Cruz con su apicarada pluma nos dejaron admirabilísimos retratos, todavía por los años de 1818, aunque escasos y un tanto adulterados, no dejaban de verse en Madrid algunos restos de un tipo llamado á extinguirse en no lejanos días en la mancha gris de una sociedad incolora.

De las muestras de que hablamos, una de las que con más vigorosa entonación habían conservado los rasgos característicos del original era María Pepa Jordán, más conocida por *la Puntillosa*, hermosísima hembra, cuya fama, rebasando los límites de la intrincada red de callejas que formaban los barrios del Rastro y de la Arganzuela, se extendía, lo mismo *regumque turris* que *per umperum tabernas*, á los más aristocráticos cuarteles de la corte del absoluto y felizmente restaurado monarca don Fernando VII de su nombre.

De no muy alta estatura, pero sí dotada de toda la esbeltez compatible con un cuerpo más llamado á excitar con sus redondeces los sentidos que no á elevar el alma á regiones ideales; de ese color trigoño que, teniendo algo del marfil viejo, no excluye la exuberancia de vida; de manos carnosas y mucho más finas de lo que sus nada pulcros trabajos podrían



hacer esperar, y de ojos rasgados y dormilones, en los cuales había todas las expresiones de la pasión, no era difícil buscar el cercano abolengo de María Pepa Jordán con una de aque-



llas majas que poco antes lo mismo habían hecho desatarse en soporíferos madrigales á petimetres y currutacos de rizada chorrera que avivar el odio al invasor que rugía en los pechos de manolos y chisperos de monillos de alamares, sombrero de medio queso y capotillo de mangas.

Y si en lo físico era muestra un poco arcaica de lo que había sido el bello sexo de las clases populares en los días de apogeo de Godoy y María Luisa, en lo moral nada desmerecía el fruto de lo que la corteza prometía.

Hija de un antiguo matarife, apenas tuvo tiempo de conocer á su madre, que murió al año escaso de venir ella al mundo, y de tal modo se hizo desde su infancia á no sufrir más yugo que el de su voluntad y á no obedecer otras leyes que las de su capricho, que creció y llegó á mujer tan en plena posesión de su libre albedrío, que aunque, por suerte, su natural bueno y honrado no la llevó á abusar nunca de su independencia, no fué ciertamente porque la intimidaran los enojos de su padre, á quien quería más que respetaba, ni mucho menos por temor á romper con los hipócritas convencionalismos de una sociedad que miraba con el más soberano desprecio.

Para asegurar mejor aquella independencia, tan pronto como se vió en disposición de manejarse por sí misma, consiguió que su padre le tomara en traspaso un acreditado puesto de la plaza del Rastro, y allí, haciendo trono de la tabla en que despachaba menudos de vaca y tripas y livianos de carnero, se creyó reina más neta que lo era Fernando VII bajo el solio de Ataulfos y Alaricos.

Camarilla tampoco hubo de faltarle. La atractiva belleza que se había desarrollado en ella sirvió de cebo á las más heterogéneas clases sociales, y no había mañana en que en torno del modesto tingladillo en que movía sus manos cargadas de anillos de aljófar no se viera lo mismo al majo de patilluda y morena fisonomía que al acomodado menestral y al atildado abate; no siendo raro que, para que nada faltara á su esplendor, se mezclaran allí en amigable consorcio las casacas blancas de los guardias valonas con las azules y verdes de los cuerpos de infantería, dragones y carabineros reales de los ejércitos le S. M.

Pero todo ello era tiempo perdido. Sin necios remilgos ni meatidas gazmoñerías, si aceptaba con cierto benévolo desenfado toda galantería, cuando las cosas tomaban rumbo más serio, plegaba su boca en tan altivo é irritado mohín, que puede tenerse por seguro que al pretendiente que á tal enojo daba margen no le quedaban en mucho tiempo ganas de volver á asomar las narices por la plaza del Rastro.

II

Sin embargo, es fama, y sabido es que la fama miente pocas veces, aunque sí algunas, que lo que de esquivada tenía *la Puntillosa* perdió no poco de su prestigio al saberse que cierto pájaro de cuenta rondaba, con asiduidad un tanto sospechosa, el puesto de mondongo, no pareciendo ser recibido en él con el desabrimiento que tanto desesperaba á tantos y tan rendidos galanes.

Para saber que la persona á que nos referimos no tenía en su favor las dotes de apostura y gallardía que sobraban á muchos de los poco afortunados rivales basta apuntar que era aquel celeberrimo Pedro Collado que, ya en no muy cercanos días y merced á su rústico gracejo, ascendiendo de aguador de la fuente del Berro á confidente del entonces príncipe de Asturias, había tomado parte no poco activa en el motín de Aranjuez y en la emigración de Valencey, y así conservaba no poco prestigio sobre el ánimo del que, sin contradicción alguna, encabezaba sus absolutos decretos con la conocida fórmula de «Fernando VII, por la gracia de Dios rey de España y de las Indias».

Raro era ya que el zafio cortesano, que entre sus no pocos defectos no había contado en sus juventudes el de dar en rijoso y enamorado, hubiera caído á sus años en la debilidad de aspirar á favores que no podían ser útiles en manera alguna á sus miras ambiciosas; pero como la maledicencia llega á explicárselo todo, no tardó en dar como cosa segura que no era por su cuenta por la que trabajaba el que nunca he sabido por qué era conocido en la corte con el apodo de *Chamorro*.

Y algo, y aun algos de verdad debía haber en tales habillitas, cuando palaciegos de los mejor informados aseguraban que pocos eran los días en que, cuando Collado ayudaba á vestir á S. M., no se oyera en la intimidad de la regia estancia el nombre de *la Puntillosa*, mezclado á epigramas y chanzonetas no siempre del más delicado gusto.

III

No muy satisfecho debía andar *Chamorro* de sus gestiones, tuvieran éstas el objeto que tuvieran, cuando cierta mañana, al entrar en los aposentos del monarca, Fernando, sin darle tiempo á desatarse en las burdas y ampulosas felicitaciones con que acostumbraba á dar los buenos días á su amo, le dijo con aquella burlona y llana sonrisa que ha hecho proverbial la historia:

—*Chamorro*, te vas haciendo viejo.

—Encanecer en el servicio de mi rey es mi mayor honra—contestó Collado con servilismo.

—Lo malo es que hay quien me sirve mejor que tú—objetó el rey neto.



—Puede que tenga V. M. servidores más afortunados, pero no más celosos—respondió el ex aguador palideciendo.

—Prueba de ello es que lo que tú no has logrado en meses enteros, hay quien lo ha conseguido en un solo día. Esta noche María Pepa me recibe en su casa.

Pedro Collado miró al rey con aire de duda; pero advirtiendo en el semblante del monarca que no había la menor sombra de burla en sus palabras, se mordió los labios con despecho, mientras su señor, sin duda por librarse de sus explicaciones, le mandaba imperativamente dar acceso en su cámara á aquellos de sus cortesanos á que dispensaba la señalada honra de asistir á la última parte de su tocador.

Y lo peor no fué esto, sino que durante la audiencia, tal complacencia puso Fernando en humillar á su ayuda de cá-

mara, de burlas tan sangrientas le hizo blanco, que aunque Chamorro tenía la epidermis tan dura que no solían molestarle los mayores sonrojos, tan pronto como se vió libre de su servicio, nunca tan penoso como aquel día, salió de las regias habitaciones con humor tan negro y empecatado, que sólo sofiones recibieron de sus labios los cortesanos de escalera abajo, que siempre esperaban con memoriales y peticiones el paso de persona á quien tan altas distinciones dispensaba el árbitro de los destinos de España.

IV

Aquella noche, como otras muchas, el rey de España y de las Indias, envuelto en una ancha capa y confundiendo con el resto de los mortales, salía de incógnito de su real alcázar, sin otra compañía que su fiel confidente y capitán de su guardia, el excelentísimo señor duque de Alagón.

Si el embozo de grana, que llevaba subido hasta los ojos, no hubiera ocultado sus facciones, fácilmente se hubiera adivinado que la empresa que le hacía renunciar á su ordinaria tertulia debía importarle, por lo menos, tanto como los más arduos negocios de Estado; pero bastaba ver la prisa con que cruzaba calles y calles para dejar comprender que feliz resultado esperaba de la empresa que aquella noche acometía.



Por fin, á la media hora de marcha, y cuando ya se había internado en la red de callejas que pone en comunicación la plaza del Rastro con la de la Cebada, deteniéndose el de Alagón ante una casa de un solo piso y de menos que mediana apariencia, exclamó:

—Aquí es, señor.

—Llama—murmuró impaciente el rey.

Pero sin necesidad de que el duque obedeciese la orden, la puerta se abrió y, saliendo de ella hasta cuatro hombres enmascarados, de tal modo la emprendieron á palos con el bizarro capitán de guardias, que S. M., á quien ninguno de los agresores osó acercarse siquiera, acabó por emprender la retirada, diputando por muerto á su compañero.

Aquella noche, Fernando, más mohino que otras veces, entró solo en su real palacio.

V

Cuando á la mañana siguiente Collado, que, á juzgar por su azoramiento, algo debía haber traslucido de la escena de la noche anterior, entró en la alcoba de S. M. á afeitarse, con gran sorpresa encontró á Fernando del mejor humor del mundo.

—Me han dicho—murmuró éste, aparentando cierta distracción, después de gozarse largo rato con el azoramiento de su fiel criado—que el de Alagón se halla un poco indispuerto. Cuando acabes de vestirme, no dejes de pasar á sus habitaciones á informarte del estado de su salud.

Y al cabo de un gran rato añadió:

—¡Ah! Y no olvides decirle que el encarguito que recibió anoche estaba destinado á ti, y que es mi voluntad que te lo devuelva íntegro. A cada cual lo suyo.

Y terminado aquel día su tocador, sin permitir que nadie entrara en la regia estancia, despidió con la mayor afabilidad

á su ayuda de cámara, no sin recordarle la comisión que le había dado.

¡Lástima que la historia no diga si el duque de Alagón cumplió fielmente el mandato de aquel incomparable monarca, á quien no sin razón ha llamado no sé quién *el último chispero!*

Angel R. Chaves.

CHISMES Y CUENTOS

Tengo que empezar esta sección con una noticia semiadministrativa que me produce una viva satisfacción.

Ello es que se ha agotado la segunda edición de *Los barrios bajos*, de López Silva, y que no podemos disponer de un solo ejemplar. Por lo tanto, lo aviso á librerías y corresponsales para que no se asusten si no servimos los pedidos recibidos estos días y para que sepan á qué atenerse.

Dentro de poco prepararemos la tercera edición y lo anunciaremos oportunamente.



Aunque yo no sé para qué digo estas cosas.

Porque, generalmente, por aquello de que «en casa del herrero cuchillo de palo», no suelen leer el periódico ni corresponsales, ni librerías, ni vendedores.

Yo llevo doce años avisando en el último número de cada año que el primero del siguiente será el Almanaque, que costará dos reales y que se les cargará en cuenta á 35 céntimos, y ¡como si cantaral Nunca falta algún distraído que paga sus ejemplares á diez céntimos, sin hacer caso de advertencias y sin dar gracias por la ganga, como parecía natural.

«La humanidad no se entera
de lo que no la conviene.»



Se sublevaron la cigarreras de la fábrica de Sevilla y en un momento de *acaloro* rompieron cuanto encontraron á mano.

En los primeros momentos se evaluaron las pérdidas en treinta mil ó cuarenta mil pesetas, que, según noticias, debían *reponer* las amotinadas. Pero, gracias á Dios, *La Correspondencia* ha dicho lo siguiente:

«La reparación de los desperfectos ocasionados por las operarias ha costado cuatro mil pesetas.»

De modo que si se tarda unos días más en hacer las averiguaciones, resulta que se entretuvieron en barnizar los muebles.



No tienes vergüenza, ¿y qué?
tienes cédula y te basta.
Sin vergüenza se hace todo;
sin cédula casi nada

«Dicen que no puede ser
hacer tres cosas á un tiempo.»
Tú destrozás la gramática
y robas cuando haces versos.

LEOPOLDO VARÓ.



Incidente más deplorable que el que ha *señalado* la entrada del general Martínez Campos en Madrid no lo inventa ni la misma Junta filibustera.

Un hombre hace ó no hace demostraciones de desagrado (que esto no está probado todavía); le prenden los guardias (no se sabe con qué derecho); el hombre, para huir de la prevención, pretende escaparse aprovechando el tumulto, los guardias le hacen fuego, y queda muerto en el acto.

Como no es de suponer que la guardia civil mate á nadie por gusto, hay que sospechar que el Gobierno, siempre enérgico y previsor, habrá ordenado reprimir cualquier *desmán* fusilando á todo bicho viviente. Así como, para evitar complicaciones políticas, dispuso el entierro de la víctima sin ostentación ni aparato de ninguna especie.

De donde se deduce que aquí le asesinan á uno por cualquier cosa, y ni se toman el trabajo de dar explicaciones á la familia.

Ahora se entiende perfectamente que los Estados Unidos se empeñen en pedir el reconocimiento de la beligerancia para los negros.

Como si se empeñaran en que nos conquistara Lacret.

¡Más atrasados no habíamos de estar!



Leo en *El Imparcial*:

«...el fracaso de los separatistas es *indefectible*, siempre que haya generales *capaces* de dirigir á las valientes tropas.»

Esto es á propósito de las operaciones emprendidas por el general Marín. De modo que... no digo que te vistas, Arsenio, pero ahí tienes los pantalones.



El sábado 8 de Febrero (hoy, como quien dice) se celebrará en el Teatro Real el baile de la Asociación de Escritores y Artistas.

Amenizará el acto la orquesta del susodicho teatro, y es de esperar que la fiesta esté brillante.

Yo advierto que ya tengo comprometidos los billetes que me regala la Asociación galantemente.

Y que van á perder el tiempo de una manera lastimosa los que se dedican á los *sablazos coreográficos*.

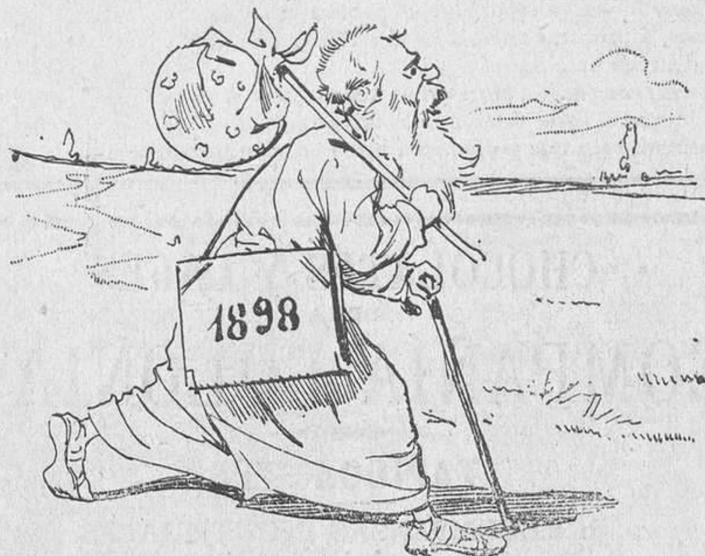
YA LO VERÁN USTÉDES



Pasará un año.



Pasarán dos.



Pasarán tres.



Y no se podrá probar que se hacen chanchullos en el Ayuntamiento, ni se castigará á un solo concejal presente ni futuro.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. C. R.—El cuento es demasiado sabido y *aún* más está contado con tal detenimiento y en un romance tan mediano que ha perdido toda la gracia.

Sr. D. J. O.—Dejémonos de hacer cantares á la guerra de Cuba. No hacen buen efecto ahora.

Chispi.—Muy bonitos... para cantarlos con la guitarra en la plaza de un pueblo pequeño, pero muy pequeño...

Uno.—La moraleja es la siguiente:

«Es carnaval todo el año
sin otra variación
que estos días hay caretas
y los otros días no.»

Y de ayer es la idea. Creo que la ha desarrollado á estas horas todo el mundo, *Figaro* inclusive.

Sr. D. M. A.—¿Y empieza usted ahora la carrera? ¡Cál! Ya hace tiempo que se está guaseando de su sombra, amigo.

Sr. D. J. R. y *Uno de Carrión.*—¡Ah! ¡Qué mal versifican ustedes! ¡Como que parece á primera vista que no tienen la menor idea de lo que es eso!

Sr. D. M. S.—Muy largo, muy largo, y muy poco interesante.

Uno cualquiera.—Sí, las había recibido, pero se me había figurado que pecan de vulgares. Gracias por lo otro.

Sr. D. F. A.—Tampoco tiene gracia lo de la charada, porque no se le ve la miga.

Cosmópolis.—Los cantares que no tengan nada de particular... deben quedarse en el tintero.

Racataplán.—Sí, señor; voy á publicarlo:

«Á una chica de Turis
que me gusta por demás
y que me llama Colás
yo la llamo flor de lis.»

¿Y con qué intención le llama usted eso? ¿Y dónde está Turis?

El curioso parlante.—No está mal de forma; el asunto es el que se ha usado muchas veces.

Sr. D. V. Ch. ¿Un consejo leal? Pues no hay inconveniente en que reúna usted sus versos en un libro, si son como la muestra, pero en la seguridad de que no han de llamar la atención por buenos ni por malos. Será un libro más, de los que ven la luz casi todos los días.

Pim, pam, pum.—¡Ah! ¡pedacito de acémila!

Fray Atila.—Veamos cómo empieza el soneto;

«¿Qué te parece la locura mía;
hoy que rasando estoy en los ochenta
me enamoro perdidamente de Vicenta
viuda del coronel, que fué, de artillería?»

Pues sí, me parece una locura, pero no tan grande como la del soneto.

Homero.—Si valieran algo se publicarían inmediatamente, porque á eso estamos, á procurar complacer al público; pero ¡ay! es que las vulgaridades no sirven para nada.

El del trambía.—Para escribir versos no sé si servirá usted, porque ¡sabe Dios lo que el hado reserva á las criaturas! pero para dar lecciones de ortografía no creo que le llamen á usted en ninguna academia.

Un pez.—Es una declaración amorosa que debe hacerse particularmente. Esas cosas sagradas no deben publicarse... porque no le importan á ningún nacido.

Místico.—La carta y las notas tienen verdadera sal. Lástima que los cantares no correspondan.

Uno de la mancha.—Las menudencias carecen de novedad principalmente. Lo de *Petra Café* es demasiado violento, porque así es fácil hallar consonantes difíciles.

Juan José.—Un si es no es seria, y un si es no es cursi.

Miquela.—¡Caramba! Ahora estamos peor, porque hasta se le ha escapado á usted un verso cojo. ¿Que cuál es? Este:

«¿Qué seré? Un abejón.»

Fíjese usted y verá cómo falta una sílaba.

Sr. D. F. A.—No me gusta el asunto. Diga qué números son los que desea y se le enviarán inmediatamente.

PÓRTICO DE APOLO

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE INDUSTRIAS DIVERSAS

DE 9 DE LA MAÑANA Á 12 DE LA NOCHE

EXPOSICIÓN Y VENTA DE

Abanicos-Paraguas, por la Fábrica A. L. Serra.

Guantes, por la Fábrica G. Zurro.

Corsés, por la Fábrica Borrego y Crespo.

Corbatas, por la Fábrica Pedro Bto. Moreno.

Calzado de lujo, por la Fábrica José M.^a Sierra.

Guitarras, etc., por la Fábrica Hijos de González.

Bicicletas, por el «Gran Salón Humber».

Perfumería, por la Casa Albert.

Aparatos para luz eléctrica, por la Commercial

Union Association.

Bombones-Caprichos, por la Casa «Refrescos In-

gleses».—Botellitas modelo del «Cognac Jurado

Castellón» á 50 cts.

CAPRICHOS DE ÚLTIMA NOVEDAD Y EXQUISITO GUSTO,
JUGUETES, ETC., ETC., EN LA

VITRINA CENTRAL

De 9 de la mañana á 12 de la noche.

Empresa de anuncios, **Montera, 51.**—Concesionaria exclusiva de todo lo referente á publicidad en el teatro y pórtico de Apolo.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRIDGRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MALAGA—MANZANARES